

algunos barones; y á la puerta de la iglesia subió en un soberbio caballo ricamente enjaezado de oro y perlas, adiestrado por algunos de la casa real por medio de unas largas riendas blancas. Así cobijado por el palio, coronado, con el cetro en la diestra y el globo en la izquierda, recorrió parte de la ciudad (a), que había engalanado las paredes con vistosas colgaduras, llenos miradores y ventanas de gentío; y de vuelta á palacio, dió un suntuosísimo banquete, que honraron con su presencia las damas mallorquinas. Sucedióse las justas y torneos, y no se escasearon corridas ni bohordos, galas ni divisas. De este modo, sin miedo ni rebozo, quebrantaba el de Aragón los decretos de su misma curia, pues que sin ser pasado el año de plazo, que en su sentencia definitiva concedió á D. Jaime para acudir y sincerarse, le tomaba las tierras y en ellas se coronaba. Tal fué la conclusión de aquella jornada, no sabemos si más vergonzosa para el rey que deshonrosa á los mallorquines.

Decidido á ocupar las demás posesiones de su cuñado, el jueves 26 de Junio se hizo á la vela para Barcelona, adonde llegó el domingo. Sin demora congregó las huestes para revolver sobre Rosellón, y comenzó la campaña. Notorias fueron entonces su fiereza y su ambición, pues que jamás quiso dar oídos ni á las súplicas del cardenal que le envió la Santa Sede, ni á las proposiciones de D. Jaime, que con grandes veras le pedía salvoconducto para ponerse en poder suyo. Las talas ejecutadas por su orden fueron tan crueles y rigurosas, que más parecía

(a) *Cavalcam del portal de la Seu*, dice en su crónica Pedro IV, *girant dret al portal de Valldigne, e puix per lo carrer dret qui va á la Portella tornam á la plassa de Sant Andreu; puix entram per lo portal de la Almudayna, e tornamnos dret al castell nostre*. La carrera fué la misma que siguen aún hoy las procesiones ordinarias de la catedral, es decir, desde la puerta de *Almoyna*, probablemente aún no labrada, por la calle de San Pedro Nolasco en la cual estaba el arco ó *volta den Oleza* que es la que se llama aquí *portal de Valldigne*, por la calle de Morey, por la plaza de Cort, y por la calle de Palacio, á cuya entrada estaba atravesado el arco que la crónica denomina *de la Almudayna*, por otro nombre *la volta Pintada*, entre el moderno edificio de la Diputación provincial y la acera de enfrente.

hacerse la guerra entre naciones bárbaras y de suyo enemigas que entre gentes casi de una misma provincia: mas pocas plazas de importancia se le rendían; y al fin, escaseándole los víveres, fingió ceder á las gestiones del papa, y firmando una tregua sobreseyó en la ejecución de su proceso, ó dígase mejor, de su venganza. Aquella tregua, empero, como hija de la necesidad y de la mala fe, sirvióle grandemente para preparar una segunda campaña más terrible que la antecedente. No cesaba el infeliz D. Jaime de reiterar mensajes sumisos á cual más; y para quitarle toda esperanza, á 29 de Marzo de 1344, con gran solemnidad y asistencia de toda su familia, corte y enviados de Mallorca, publicó D. Pedro en la capilla real de Barcelona la unión é incorporación de los estados de aquél á la corona aragonesa, jurando que ni él ni sus sucesores los restituirían por ningún título, ni aun en feudo, ni por motivo de paz, y permitiendo que, caso de romper su juramento, dejasen de obedecerle los pueblos de Mallorca y de los condados de Rosellón, Conflent y Cerdaña: lo cual ratificaron con juramento los síndicos de las Baleares y de algunas villas de Rosellón, los infantes y todos los ricoshombres.

Triste suerte de D. Jaime fué mandar vasallos, que así se avenían á pasar al dominio de los reyes de Aragón: hasta los roselloneses, que tanto se defendieron, manifestaron después que sólo empuñaran las armas los más por no saber aún cuya sería la victoria, pocos por mantener ilesa su buena reputación de leales; y una vez rendidos y prestado homenaje á D. Pedro, prodigáronle vivas muestras de contentamiento, y no favorecieron cual podían las tentativas de D. Jaime. Quizás las exacciones de éste fueron no poca parte para enagenarle las voluntades; cosa bastante común á los pequeños príncipes de estados cortos, los cuales, sin atender más que á su calidad de príncipes y no á la de pequeños, mantienen las más veces el fausto y esplendor de los grandes. Si así fué, no extrañamos que en el proceso insistiera tanto D. Pedro en las vejaciones y opresión

de los súbditos de su cuñado, ni que con tanto ahínco pregonase que la suerte desventurada de ellos le movía á la guerra, ya que este pretexto le abría las puertas de las villas más que las mismas armas.

En esto, ya á punto los ingenios de batir, la escuadra, los bastimentos y las tropas, desentendiéndose de las instancias de la Santa Sede que procuraba alargar la tregua firmada en la anterior campaña, abrió *el Ceremonioso* la segunda con fortuna más próspera cuanto eran mayores sus fuerzas. Una tras otra fueron cayendo en su poder las fortalezas; y reducido D. Jaime á casi la sola Perpiñán, cuya lealtad ya vacilaba, envió al rey Ramón de Codolet, quien por medio de D. Pedro de Ejérica alcanzó del *Ceremonioso* que permitiese al de Ejérica avistarse con D. Jaime para concertar su rendición absoluta. Fué la entrevista cerca de Perpiñán: el de Ejérica juró á D. Jaime que, si se ponía en poder del rey con todos sus estados, se le salvaría la vida, y no se le detendría en prisión, antes bien D. Pedro usaría con él de clemencia; y el de Mallorca hizo juramento de ir á ponerse en manos de su cuñado y de entregarle los castillos y lugares de Rosellón y Cerdaña. Efectuólo el día siguiente, jueves 15 de Julio. Estaba el aragonés en su tienda, fuera de Elna, con todos los señores y caballeros de su ejército: entró el de Mallorca armado de todas piezas, bien que descubierta la cabeza; hincó en tierra una rodilla, y después de besar la mano á D. Pedro que le levantó y le besó en la boca, habló en estos términos: «Señor, yo he errado para con vos, mas no por deslealtad, sí sólo por mi loco seso y mal consejo. Por esto vengo ante vos á hacer enmienda de ello; que de vuestra casa soy, y quiero serviros, porque siempre os amé cordialmente, y soy cierto de que vos, señor, me habéis amado mucho y aún me amáis ahora. Y tal servicio os quiero hacer, que de mí os tengáis por bien servido; y en vuestro poder me pongo espontáneamente á mí mismo y toda mi tierra.» Palabras, dice Zurita, que pudieran mover á misericordia á cualquier príncipe por

cruel y bárbaro que fuera. Respondióle el rey prometiéndole clemencia, y hacerle tal merced que á todos fuese notoria; y al punto marchó el pendón real á ponerse en Perpiñán. El viernes, recibió la villa á D. Pedro con extraordinarias demostraciones de regocijo; y proveídos todos los cargos públicos y cuanto concernía al gobierno, convocó el aragonés parlamento de los tres brazos de aquellos estados.

En D. Jaime, siempre imprevisor y harto confiado, duraba aún la esperanza de que todos le serían devueltos, y así lo propalaba y escribía á varios de los que se mantenían fieles; mas D. Pedro se la desvaneció bien pronto, publicando en el parlamento, congregado á 22 de aquel mes de Julio en la iglesia de San Juan, la unión é incorporación perpetua de las tierras que formaban la corona mallorquina á la aragonesa, y haciéndola jurar á los prelados, barones, caballeros, jurados y demás personas notables que habían venido en representación de Rosellón, Conflent y Cerdaña. No quiso con todo D. Jaime abrir los ojos á la verdad, y suplicó á D. Pedro que se viesen cerca de Perpiñán: como si la vista del ofendido y de su abatimiento pudieran hacer mella en quien no había respetado deudo ni justicia. Otorgóselo el aragonés, bien que á caballo, en un campo, como de paso y aprisa; y allí su cuñado entre otras cosas le pidió que echase de su consejo á sus enemigos, le oyese en justicia, y le diese copia del proceso: petición desacertada é importuna, ya que nada le hacía esperar que se le concediera. El título de enemigo de D. Jaime éralo de valimiento para con el de Aragón, y mal había de echar de su consejo á quienes por tales eran reconocidos; y tocante á la copia del proceso y atenderle en justicia, alargó D. Pedro el darle la una, y le negó lo otro con decirle que ya á su tiempo se le había citado. Aquellas fueron las postreras vistas de los dos cuñados: tanto procuró evitarlas el de Aragón, que después sin ningún miramiento refiere él mismo en su historia cómo, sabedor de que D. Jaime estaba en Monserat y bajaría á esperarle en el llano para conferenciar, á 9 de

Setiembre muy de secreto, antes de amanecer y con gran prisa salió de Manresa por no encontrarle. Con esto, porque el rey había de tener en Barcelona parlamento para tratar de las cosas de D. Jaime, vínose éste á San Cucufate del Vallés, á donde fué su esposa, que á los pocos días regresó á la ciudad, forzada del rigor de unas calenturas. Sea ó no cierto que el destronado hiciese alarde de sus esperanzas de recobrar la corona, D. Pedro con gran crueldad y mengua de su buena fama no dejó pasar aquella ocasión y pretexto de mortificarle, y le envió quienes le recordasen que jamás tal restitución tendría efecto. El infeliz D. Jaime negó que fuera suya la propalación de aquellos rumores de recobro, y con sobrada razón dijo que nadie podría quitarle la esperanza: palabras que, como revelaban lo que sostiene la humana naturaleza, eran una severa y durísima increpación á la barbaridad de D. Pedro, que hasta tal extremo la desconocía, deseando privar á un rey vencido de lo que no se niega al forzado sin ventura en su trabajo y cadena, ni al reo miserable en su proceso.

Entre tanto habían ido juntándose los que debían aconsejar al rey en aquel negocio; y á 7 de Octubre lo hicieron cada cual por escrito con pliego cerrado. El parlamento falló en suma: que se diesen á D. Jaime diez mil libras de renta, mientras se le procuraba estado que otro tanto le produjera; que el rey le dejaría el pleno dominio de los vizcondados de Omelades y Carlades y el señorío de Montpellier, obligándole empero á despojarse de toda real insignia y á romper todos sus sellos en que como rey era representado; y que para siempre, por sí y por sus sucesores renunciase á pleitear sobre los estados perdidos. Nada de esto aceptó D. Jaime, que entonces satisfizo á su dignidad y á lo que debía á sus hijos, á quienes no podía desheredar con ningún trato suyo; retó de falso y traidor á D. Pedro de Ejérica, que le había inducido á darse á D. Pedro; y tras acalorados debates y de pedir aseguración de campo, tuvo por más conveniente salirse de Cataluña. En vano, de inteligencia con algunos

vecinos, se apoderó de Puigcerdá, pues volvió la plaza á los de Aragón, que le tomaron todo el equipaje y recámara (a); y des-

(a) Ocupóla en la madrugada del 20 de Noviembre; y el 24, al volver rechazado de Villafranca de Conflent sobre la cual había ensayado otra tentativa, halló cerradas las puertas de Puigcerdá, retirándose á Foix y desde allí á Montpellier y Aviñón. No perdió tiempo Pedro IV, y el 30 de Noviembre se hallaba ya en Perpiñán donde permaneció casi un año, esmerándose en afianzar su dominación en aquel estado, y sofocando y castigando varias conspiraciones, de que hace mención en su crónica. Tal fué la denunciada por la esposa del que la acaudillaba, obtenida antes indemnidad de la vida y bienes del culpable; y el plan consistía en disparar contra el rey saetas emponzoñadas por ballesteros emboscados en casa de un tal Calloç, ó en abrir con llaves falsas las puertas del castillo de Perpiñán para entregarlo luego al príncipe destronado y exterminar al de Aragón con su familia: tramas inverosímiles en sus detalles, aunque positivas respecto de las simpatías subsistentes en muchos de los naturales hacia el vencido y de su odio al usurpador, á quien seguramente no se le ocultaban estos sentimientos. Como principales conspiradores nombra Zurita á Francisco de Olms, Juan de Sant-Johan, Riquelmo de Vernet y Guillot de Clayra, quienes, enviados á Barcelona y puestos en el castillo Nuevo, fenecieron sin duda por justicia. Entre los que sufrieron pena capital hubo algún tonsurado, por lo cual y por la tortura dada á varios clérigos y religiosos hubo de ser absuelto por el papa el gobernador Felipe de Boyl, imponiéndosele fundar en la Seo de Mallorca una capellanía dotada con quince libras barcelonesas.

Fecundo en alarmas, procesos y suplicios fué este mismo año de 1345 en Mallorca, donde, favorecidos los partidarios de Jaime III por la confianza y casi conivencia del gobernador Arnaldo de Erill, aunque instituido por el mismo Pedro IV, y de otras autoridades, al decir de los intransigentes adictos al nuevo régimen, y sobre todo de la pandilla de Beltrán Roig y del abogado Guillermo Miquel que se creía postergada, se entendían con el rey desposeído para levantarse en favor suyo apenas le descubriesen á bordo de una escuadrilla. Llegó á Mallorca como reformador del reino el expresado Felipe de Boyl, y en 6 de Junio suspendió del empleo al sospechoso Erill. A la vista tengo la curiosísima acusación contra éste, no menos que sus descargos acerca de su ponderada intimidad con los jacobitas: ojalá conociéramos tan bien la causa formada á los presos por Setiembre de aquel año sobre cartas escritas á su rey por conducto de Arnaldo Reyas de Perpiñán, ofreciéndose á él sin reserva. Cierta pesquisa, hecha con motivo de un robo en la nave de un Pedro Vidal, hizo descubrir casualmente en las bragas de un tripulante una de dichas cartas, escrita por mano de Pedro de Fraga, á quien, en castigo, le fué cortada ésta delante de su casa, al ser arrastrado al patíbulo á la cola de un mulo en compañía de Ferrario Aragonés, con el cual compartió luego la horca. La misma sentencia, fechada en 1.º de Octubre, que se insertará con otros documentos adicionales, condena á morir decapitados á Bernardo de Buadella caballero y á Pedro de Puigdorfilá privilegiado, diversidad de suplicio en los reos, que ignoro si ha de explicarse por la de clase. Hermano ó tal vez padre de Ferrario debió ser Francisco Aragonés, que acaso es el que figura como castellano del castillo de Pollensa en 1331, y que se hallaba preso con dos hijos poco antes de marchar al cadalso: Ferrario dejó un hijo de su nombre, que solicita más adelante restitución de bienes. Precedieron á estas ejecuciones, ó más bien siguieron, las de Bernardo de Enveig, Berenguer de Sant-Johan, Jaime

pechado, maldiciendo de su fortuna, hambriento, roto y lacerado, hubo de ampararse del de Foix, y al fin se fué á Montpellier (1). Entonces acudió al papa para que le fuese devuelta su esposa, lo cual alcanzó tras de grandes instancias de la misma D.<sup>a</sup> Constanza; mas no por esto dió el aragonés oídos á ninguna proposición de concordia (a).

de Santacilia, Gregorio de Sallambé, Berenguer de Tornamira y Jaime Durán, todos ellos degollados, como debió de morir regularmente el maestro Juan, llamado unas veces de Cremona y otras de Carmona, médico sin duda y cuñado de la distinguida y leal familia Des-Veler. Así en el patíbulo fenecieron doce de los trece conspiradores, á los cuales, decía Boyl con marcado énfasis, «no era verosímil se redujese toda la cizaña de la tierra, que más hondas raíces tenía»; á pesar que de la nefandísima conjuración no aparecen más detalles ni más indicios que adhesiones, votos, y á lo más correspondencia con el rey destronado. Los jurados, á vuelta de su encarecido entusiasmo por el de Aragón, reclamaron con digna entereza contra las confiscaciones, como opuestas á las franquicias del reino, y Pedro IV hubo de cejar de su rigor revocándolas, aunque por simple gracia, por cédula dada en Poblet á 6 de Agosto de 1346, con excepción de la caballería de Puigdorfila. Por Marzo de dicho año fueron desterradas de la isla como desafectas ó sospechosas multitud de personas de toda condición y sexo á arbitrio del gobernador.

(1) Véase el número 36 del *Apéndice*.

(a) Restituida á su esposo en 1345, yendo por mar, á fin de no atravesar el Rosellón, de Lanza á Leucata, donde la recibió el nuncio apostólico, murió Constanza al año siguiente en Montpellier y fué sepultada en la iglesia de Franciscanos. Jaime casó en segundas nupcias con Violante, de cuya estirpe francesa ó italiana recuerdo vagamente haber visto algún dato, que después en sazón oportuna no me ha sido dable encontrar. De la niña que nació de este segundo enlace nada sabríamos, si no fuera por una carta de 29 de Julio de 1349, remitida desde Aviñón por un espía á los jurados de Mallorca, en que atribuye el retardo de la expedición, proyectada por Jaime III, al de la llegada de Juan, no rey todavía sino delfín de Francia, que se había ofrecido á ser padrino de la recién nacida, y á quien se aguardó por espacio de un mes en la corte pontificia. Violante con su tierna hija acompañó al esposo en la malograda empresa, y se hallaba en la retaguardia de las tropas que atacaron á Inca, y con ella y con sus hijastros Jaime é Isabel cayó prisionera en la fatal jornada de Luchmayor, según la importantísima correspondencia de Centelles. No se sabe más de la niña: la madre por Setiembre de 1362 residía en Montpellier, de cuya baronía quedaba á deber el rey de Francia ochenta mil escudos de oro, es decir, dos tercios de la suma de 120 mil en que la había comprado á Jaime III.—Tuvo éste además en una dama, quizá alguna de las que en 1341 recibían del real patrimonio dones secretos (*na Saura, na Estorina, na Nicola*), una hija natural llamada Constanza, que parece casó con Umberto des Fonollar.

Y metido ya en genealogías, no puedo menos de consagrar aquí dos líneas á los hermanos del postrer rey de Mallorca, así al legítimo como á los bastardos. Llamóse aquél Fernando como su padre, que le hubo en 1316 en su segunda es-

Vacías sus arcas, no pudo D. Jaime levantar tropas por de pronto, ni favorecerse de los disturbios que en Aragón y Valencia ocasionó el levantamiento de la Unión: puesto en frontera de su contrario, hubo de contentarse con parciales acometidas, y las más veces con la amenaza y temor de los intentos y fuerzas que le atribuía la fama; y aunque, armando algunas galeras, se juntó con la flota francesa y se puso delante de Mallorca, los isleños ni le apellidaron ni tomaron por él las armas como esperaba (a). Al fin, al comenzar el año 1349, quiso desesperado tentar el último esfuerzo: vendió á la Francia la baronía de Montpellier, levantó gente, armó escuadra con ayuda del francés y de Juana de Sicilia (b); y tan cuidadoso trajo á su enemi-

posa, la sobrina del rey de Chipre; y para evitar la opresión de su ayo, que se le hacia insufrible, hizo voto en su mocedad de observar la regla de San Francisco, de la cual absuelto por el papa en 1336, se casó el año siguiente con Chivia ó Esquiva, hija de Hugo IV rey de Chipre y parienta de su madre: fué dueño de Miramar y vizconde de Omelades, conservando el título de infante hasta su muerte, anterior al año 1347; y se cree es el sepultado en la iglesia de dominicos de Montpellier, á quien, y no á un hermano de ella, su sobrina Isabel hizo en 1358 cantar un oficio. Tres fueron los hermanos naturales, Sancho, Fernando y Pagano, de más edad probablemente que los dos legítimos: el primero y el último percibían en 1341 ciento cincuenta libras cada uno del real tesoro, en cuya lista no figura el segundo quizá por haber muerto pupilo. De Sancho se afirma que fué yerno de Ferrario Roselló y padre de dos hijas, Saura y Esclaramunda, que enlazaron con Berenguer de Vilaragut la una, y la otra con Artal de Foces; Pagano, casado con Blanca, hija del opulento mercader Ramón de Salellas, que á Pedro de Torrella dió en matrimonio otra hija, después de defender en la campaña de 1344 contra Pedro IV el castillo de la Roca de la Albera en Rosellón, volvió, á pesar del homenaje rendido al vencedor, al lado del destronado rey su hermano, de quien obtuvo, antes de partir para la malhadada expedición postrera, la promesa del señorío de Buñola, y cuya triste y gloriosa muerte compartió en Lluçmajor. A los nombres de Pagano y Sancho agrega un bando, circulado por la isla en Junio de 1346, los de Juan y Vidal, titulando á los cuatro *hermanos* de Jaime de Montpellier, y pregonando en mil florines de oro su cabeza, al paso que en diez mil la del proscrito soberano; pero sin más dato, y pudiendo haber error en el texto, no me atrevo á reconocer á los dos últimos.

(a) Fué esto en la primavera de 1347, y frustrada la tentativa, penetró por territorio de Conflent ocupando á Villafranca y otros lugares, que abandonó á la simple aproximación del rey Pedro, á excepción de Vinza y del castillo de Arria, que sufrieron breve sitio. En vez de secundarle, el rey de Francia, á solicitud del de Aragón, con quien entonces tenía alianza, prohibió á la nobleza del Languedoc que ayudara á D. Jaime, y aun amenazó confiscar á éste la baronía de Montpellier, que acabó luego por comprarle.

(b) Si por Juana de Sicilia entiende aquí el autor la reina de Nápoles, mal po-

go, que éste dispuso considerables armamentos para resistirle.

Pero antes que éstos estuviesen á punto, ya desembarcaba D. Jaime en Mallorca, en la marina de Campos, cuatrocientos caballos y tres mil peones; á tiempo que habían llegado á la capital de la isla algunas compañías de Aragón y Riambao de Corbera, que llevaba refuerzo á Cerdeña. Tres días estuvo sin tomar una resolución decisiva, cuando á cada momento podían arribar la escuadra y el ejército de D. Pedro: quizás, como se ha dicho, había venido llamado por alguno de los isleños y aguardaba que se alzasen; mas ni un solo mallorquín se armó en su defensa. Era gobernador de las Baleares Gilaberto de Centelles, varón de gran valor y apto para la guerra; y como entendiese que D. Jaime se aparejaba para acercarse á la ciudad y darle batalla, el 25 de aquel mes de Agosto, mucho antes del amanecer, con gran sigilo salió al campo junto con Riambao de Corbera y las compañías destinadas á Cerdeña (a). Ya que fué

día ésta ayudar al rey de Mallorca, teniendo invadido su reino por Luís de Hungría. En Sicilia reinaba á la sazón, menor de edad, Luís, hijo de Pedro y nieto de Fadrique.

(a) Piferrer, que tan diligente y minucioso hasta aquí se ha mostrado en el relato de los infortunios de Jaime III, pasa casi de corrida sobre la catástrofe. Verdad es que no tuvo noticia de los preciosos partes del gobernador Centelles, registrados en el antiguo archivo de la Gobernación, que tanta luz arrojan acerca de los precedentes y circunstancias del gran suceso, y que se publicaron por primera vez y no completos en 1851 en el tomo XXI del *Viaje del P. Villanueva á las iglesias de España*; pero, lejos de adelantar en sus investigaciones mi buen amigo, ni siquiera se aprovechó esta vez de lo ya conocido, y hasta con precipitación inexplicable equivocó la fecha de la batalla, prefiriendo ponerla con Bover en 25 de Agosto que fijarla acertadamente con Zurita y Mut en 25 de Octubre. La expedición, que tan infeliz desenlace tuvo, venía ya preparada desde muy atrás: en 1347 tratóse ya, aunque inútilmente, de combinarla con las turbulencias de la Unión aragonesa; y en Noviembre de 1348, cuando devastaba aún á Mallorca la horrible peste negra, se tomaban ya precauciones contra un desembarco de Pagano y otros fautores del rey desposeído. Aviñón era el punto de residencia de éste; la mediación del papa Clemente VI le reconcilió con Felipe de Valois, y arregló acaso la venta de Montpellier que debía facilitarle los recursos para su empresa. Demoróla por todo el Julio de 1349 el bautizo de una niña habida en Violante, de quien el delfín Juan debía ser padrino. En Marsella, en Niza, en Sicilia armábanse galeras, jinetes á centenares y peones á millares reclutábanse en Provenza; por jefe de la armada designábase á Carlos Grimaldi señor de Mónaco, acompañado de Luciano, Aytón, Renato, Ambrosio y otros de su ilustre familia de almirantes, y de micer

bastante entrado el día, avistáronse los dos ejércitos; y formándose en batalla, en el llano de Lluchmayor la trabaron brava y encarnizada. La fortuna, como nunca había estado de parte de D. Jaime en las acciones pasadas de su vida, así tampoco quiso entonces darle la victoria: comenzó á cejar su gente, y prevale-

Antonio Ros, Carlos Simón, Baqueto de Vintimilla, también al parecer genoveses, á quienes, lo mismo que á los suyos, hacía el pobre príncipe merced prematura, ya de Mahón, ya de Alcudia, ya del lugar de Sóller con su valle, ya de Buñola con título de condado, distribuyendo así su estado en señoríos antes de recobrarlo. Decían unos que los catalanes poblados en Sicilia, que hervía entonces en bandos, habían ofrecido entregarle el país; otros que mensajeros procedentes de Clarenza en la Morea prometían devolverle el dominio materno; mas no se creyeron sino voces echadas para ocultar su designio. Tuvo el papa consistorio en 24 de Agosto, en que compareció D. Jaime, pidiendo los diezmos de Mallorca y Rosellón por dos años, á lo cual se dijo haberse negado su Santidad, recordándole lo mucho que por él había ya hecho, y rehuendo de ponerse en pugna con el soberano de Aragón; y con este mal despacho salió el príncipe el 27 con su mujer y su hijo y sus dos hijas y toda su casa, deteniéndose cuatro días en Arles, donde pasó revista á tres mil hombres de á pie y cuatrocientos de á caballo, y fué á embarcarse en los *graus del Rose*, entre Marsella y Aigues-mortes, tan satisfecho como si hubiese logrado ya el triunfo.

De estos movimientos informaba puntualmente á Gilaberto de Centelles un espía que al lado del que fué su rey tenían los jurados de Mallorca; y por espacio de tres meses no cesaba el gobernador de despachar carta sobre carta á Pedro IV residente á la sazón en Valencia, pidiendo naves y gentes para resistir el desembarco, y denunciando el peligro de que la isla se perdiera desde luego, á excepción de la capital y de los castillos; tal era la adhesión, decía, que payeses y hasta ciudadanos, especialmente los de inferior condición, mantenían á su antiguo amo, el cual, á mayor abundamiento, ofrecía á todo el mundo indemnidad de bienes y personas. Ya en 12 de Octubre anuncia que la armada de D. Jaime, compuesta de 22 velas, ha aparecido en el puerto de Alcudia, no en la marina de Campos como escribe Piferrer, y que hacia el cabo de Formentor han saltado á tierra hasta dos mil peones y ochenta de á caballo, no sin escaramuza con heridas y muertes. Dos días estuvo Jaime en Pollensa y dos en Alcudia, pasando por Muro banderas desplegadas y en orden de batalla á Inca, que combatió por dos puntos durante un par de horas; y en una salida que hicieron sin aprobación de su jefe, los sitiados le mataron ó cogieron de 45 á 50 hombres, entre ellos ocho jinetes. Mujeres, hijos y cautivos de los pobladores forenses con sus ganados y provisiones, todo lo había hecho meter el gobernador dentro de los muros de la ciudad; las campañas quedaban abandonadas á la tala del enemigo, no sin dificultad de mantener interiormente el orden entre tantas gentes poco avezadas á la guerra y desesperadas de ver la destrucción de sus fincas. Nadie, sin embargo, se unió al invasor sino un griego y un moro de Pollensa y un pobre diablo de Muro, que trató de entregar á Inca y fué allí mismo ahorcado. Pero, desmentidos sus recelos, no sosegaba aún Centelles, y aunque abastado de infantería, le parecían pocos los doscientos caballos con que contaba y las siete galeras y seis naves y dos leños armados que tenía en Portopí, á vista de las cuales se retiraron á la desbandada ocho galeras de la